

***La familia Declerc***  
**León Trotsky**  
**Noviembre de 1915**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “*La famille Declerc*”, en *Marxistes. Les auteurs marxistes en langue française – Léon Trotsky – MIA*. Publicado en *Kievskaya Mysl*, en 1915 y después en *Humanité* el 22 de enero de 1922.)

Jules Declerc está en la guerra desde el pasado mes de noviembre; tiene cuarenta y cinco años, y en la vida civil fue conductor de tranvía. Si hubiera sido un soldado ordinario, habría permanecido con su clase en algún lugar de la retaguardia, en un puesto auxiliar. Pero para desgracia de su mujer y la suya propia, es sargento y le han enviado al frente. Ahora sus galones le están costando caros, dice su mujer. Las primeras semanas pasó casi todo el tiempo en medio de los combates; luego estuvo en las trincheras, y en estos últimos meses bajo Toul.

Madame Declerc es una mujer hermosa, de rostro fresco y perfil fino y pelo canoso. Espera a su marido con un permiso de cuatro días; lo espera en silencio, con obstinación. Su vecina, Madame Richard, portadora de pan, también esperaba el suyo, pero Richard murió por una bala perdida, muy lejos de la línea de fuego, la víspera de su partida hacia casa.

Al tercer mes de guerra, sus pequeños ahorros se estaban agotando, Madame Declerc empezó a trabajar como ama de llaves y su propio hogar pasó a un segundo plano. Los niños iban a la escuela y recibían una comida. Desde hace tres semanas, el hijo mayor, Marcel, de doce años, con la cara pálida y una vieja boina, pregunta todos los días a su madre al volver del colegio: “Y papá, ¿ha llegado?”, y le repiten que no..., pero que seguro que pronto, cualquier día.

Madame Declerc ha recibido una carta desde París de su hermana mayor en la que le comunica que su hijo ha muerto. Tenía veinte años, se había casado en abril y se había ido a la guerra en agosto. “¡Ah! qué buen chico era. Era como ningún otro...”, dijo Madame Declerc, llorando a lágrima viva... “Mi hermana suele estar enferma y el niño se quedó con nosotros algún tiempo; le queríamos como a un hijo. Había sido herido por una bala schrapnell, probablemente leve, en la cabeza, y uno de sus amigos lo había llevado al puesto de primeros auxilios. En ese mismo momento, explotó un proyectil que hirió al amigo y mató al herido. “No se le puede olvidar, señor, era como ningún otro...”.

Al día siguiente de la noticia de la muerte de Richard, Madame Declerc llegó un cuarto de hora tarde al trabajo y, disculpándose, explicó a su jefa: “Es porque, Madame, nosotros no dormimos anoche”. “Nosotros” eran los demás, los que eran viudos y los que vivían con el temor perpetuo de enviudar. Se reunían en grupos en casa de cada nueva viuda o madre privada de su hijo para pasar la noche con ella, recordar y llorar, la mayoría de ellas con pequeños retratos del marido o del hijo en el pecho. Juntos se regocijaron en su desgracia, en su fatalidad, en su universalidad, y a la mañana siguiente volvieron al trabajo.

En esta atmósfera de angustia, de noches sin dormir y de trabajo, Madame Declerc esperaba silenciosa y obstinadamente a su marido. “No, no”, dijo, en momentos de desesperación, “ningún hombre volverá de la guerra, ninguno”.

A finales de octubre, el pálido Marcel, con su largo abrigo que aún le servirá el año que viene, vuelve a las cinco de la tarde de la escuela por la calle principal cuando de repente el pequeño verdulero le lanza: “Corre, tu padre ha vuelto”.

Las palabras resuenan en sus oídos y echa a correr, empujando hacia atrás las interminables solapas de su abrigo con sus flacas piernas. “Marcel, tu padre ha llegado”, le grita Madame Richard mientras cruza la calle. Marcel, pálido, asiente rápidamente y, con la mano manchada de tinta apretada contra el pecho, sigue corriendo. El frutero, el hombre más gordo de Sèvres, está en la puerta de su casa (su peso le salvó del servicio militar), ve correr a Marcel y le grita animándole: “Date prisa, tu padre te espera”. Marcel quiere correr aún más rápido, pero no puede: le late el corazón, le zumban los oídos y sus piernas no se mueven. Lloro suavemente, se aprieta los dedos manchados de tinta contra el pecho y susurra: “Aquí estoy, papá, aquí estoy, querido, querido papá, aquí estoy...”. Lloro y reúne sus últimas fuerzas para correr colina arriba.

El Sargento Declerc ha llegado, por fin, con cuatro días de permiso. Como los demás, fue enviado durante cien horas a la vida familiar, a la vida pacífica, con la condición de que regresara el día señalado. En plena noche, los portadores de todas las armas subían a un tren oscuro y sin luz a pocos kilómetros de la línea de fuego; agotados, se sentaban o se tumbaban en los bancos o en el suelo y pronto se quedaban dormidos al ritmo acompasado de los vagones. Luego se agruparon en las estaciones de empalme en pequeñas sociedades “campestres”. El vínculo del frente se rompe por el momento, el vínculo del país se restablece; hablan patois. Cuanto más se alejaban del frente, más ensordecedora se hacía la calma. Declerc, con el grupo más numeroso, bajó en París.

Cuando llegó, la esposa estaba en el trabajo, Marcel en la escuela y sólo estaban en casa los dos pequeños, bajo la supervisión de la hermana mayor. El sargento abrazó a los niños, miró a su alrededor y sintió en sí mismo cierta alegría inquieta mezclada con asombro. Madame Declerc regresó a casa, sin saber nada, cansada de creer y esperar, y cinco minutos después del alegre reencuentro, una inquietud la embargó; en cuatro días él tendría que volver al frente.

El sargento está muy tranquilo, no se queja de nada, y su mujer está sorprendida y asustada. Tiene la impresión de que no encuentra el camino hacia su corazón y el carácter efímero del reencuentro se hace más doloroso para ella; es como si se encontrara en la encrucijada de dos vidas divergentes. Declerc es muy ahorrador, y no sólo no ha pedido dinero ni una sola vez, sino que ha ahorrado de su paga de sargento; trae a casa una pequeña suma con regalos para los niños.

En voz baja, como si aún estuviera ensordecido por la calma que le rodea, habla de las trincheras alemanas, que estaban tan cerca que se podía conversar por la noche de una línea a otra casi sin levantar la voz. Pero estaba prohibido... No se ve el final de la guerra, es decir, no se ve ningún indicio de ello en los acontecimientos.

En voz baja y distante (su mujer aún no conocía una voz así), el sargento habla de las granadas de mano y de las minas; del gas asfixiante y de los líquidos llameantes, del alambre de espino... y Madame Declerc le escucha con los ojos fijos, apenas creyendo que tiene delante a su viejo Jules, que pudo vivir y actuar así; de vez en cuando, le coge de la manga y le dice:

“No, no volveré a verte, no volverás a venir a verme”. El sargento ni confirma ni desmiente; se alisa suavemente el pelo precozmente encanecido y mira a un lado.

Una vez, en la oscuridad, Marcel oye por casualidad una conversación de este tipo; se sube al regazo del padre, como un pobre perrito débil, coge una de las grandes manos con las dos suyas y empieza a besar aquella mano querida y áspera, con una indefinible expresión de silenciosa desesperación de que algo caliente mojara los dedos del sargento.

Al día siguiente de su llegada, el sargento, bien lavado y recién afeitado, visitó a sus familiares y amigos. Las mujeres le asediaron con preguntas inquietantes sobre la guerra y el final, mirándole como si pudiera dar una respuesta decisiva de inmediato.

Cada vez Declerc se confundía, recordando las instrucciones del capitán en el momento de partir de “permiso”: no digas nada; y respondía evasivamente: “esperamos”, rehuyendo la mirada de sus interlocutores. Las mujeres niegan con la cabeza y guardan silencio.

Los cuatro días pasaron rápidamente. Aquí ya están sentados en el carruaje uno al lado del otro, el sargento Declerc y su esposa. Le acompaña a París, le coge del brazo y le mira fijamente a los ojos. Una aguda ternura anima su mirada y sus dedos. Está retraído, como distraído. Le contesta brevemente, con un tono de voz casi indiferente, y sobre todo mira por la ventana. Sólo a veces, cuando sus miradas se cruzan, una sonrisa de agradecimiento se desliza por su rostro y desaparece. No quiere ceder a la emoción; en su mente ya está allí.

En París, hay que ir a la Gare du Nord. Allí se estampa el billete de salida y Declerc se ve arrastrado de nuevo a la gran máquina de guerra, un pequeño detalle: Sèvres, la mujer y Marcel quedan cubiertos para él por una cortina de humo. Con aire distraído se despide de su mujer ante la mirada de los demás compañeros de permiso y, sentado con ellos en su compartimento, se sumerge definitivamente en cuerpo y alma en la atmósfera de la zona militar.

Madame Declerc volvió a guardar en el armario el vestido de los domingos, el anillo y la cadena que se había puesto para su marido, y comenzó de nuevo a subir los ciento cuarenta escalones de la colina para ir a trabajar... Y ya unos días después, con miedo y esperanza, estaba pendiente del cartero. Las noticias oscuras se suceden una tras otra. El tendero de la tienda rica de la esquina ha muerto, su dependiente está herido, al hermano pequeño del dueño de la juguetería le han arrancado una pierna. Cada vez más a menudo los dolientes se reúnen por la noche, y ya cuentan setenta que no volverán a Sèvres.

Marcel lleva con cuidado la nueva boina hecha con el antiguo quepis del sargento. Tras la marcha de su padre, sus párpados permanecieron enrojecidos durante mucho tiempo, las manchas oscuras bajo sus ojos son más profundas que nunca.

Sèvres, noviembre de 1915

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)